

Cuentos

Víctor Infante Zamora

Claroescuro

Estás solo en medio de la habitación. No recuerdas en qué momento te has levantado de la cama. Respiras con dificultad, pero cierras los ojos y consigues dominarte. Una angustia incomprensible invade tu cuerpo. Te llevas la mano a la altura del corazón, hurgas en el bolsillo de la camisa, en los pantalones y en la cazadora que cuelga de la silla que está junto al librero buscando un cigarrillo. Finalmente, en uno de los anaqueles de la parte baja, encuentras una pipa que hace tiempo tu impaciencia condenó al olvido. Junto a ella, prematuramente envejecido por la espera de una amorosa combustión, yace un paquete de tabaco inglés. Recuerdas el sonido de tus pasos en la escalera que hay en el patio y que conduce a un modesto aunque confortable cuarto de estudio. Ana, como era frecuente desde que decidieron mudarse y vivir juntos, te había alcanzado antes de entrar. Sus dedos, que semejaban las cabezas de una hidra, rehuían con sobrada agilidad tus intentos de captura hundiéndose alternativamente en tus costillas, encima de la cadera o debajo de las axilas. El humo denso y aromático te produce cierto alivio, pues aminora la incipiente culpa que suscitan en ti las imágenes que han comenzado a unirse en la dócil pantalla de tus ojos. El juego, que seguías divertido en un principio, acabó por exasperarte. Ella, obedeciendo las contracciones de tu rostro, que le parecían cada vez más cómicas, no dejaba de hostigarte. Como ninguno de tus argumentos conseguía finiquitar el implacable asedio, sujetaste sus brazos con vehemencia. Permanecieron así un momento, y al cabo mitigaste la presión creyendo que cejaría al fin de importunarte. Al empujar la hoja de aluminio, confiando en que la amonestación había finiquitado su impetuosidad, sentiste de nuevo en el costado la presencia onerosa de sus dedos. Un afilado insulto humedeció tu lengua, pero agonizó de impotencia en la maliciosa dulzura de su rostro. A pasos cortos, con el corazón martillándote los oídos, te acercas a la ventana. Miras con detenimiento las blancas y polvorientas persianas de madera. Tiras de ellas y adviertes la escalera verdinegra y el oxidado pasamanos cuya pigmentación has diferido para un mañana en postergado advenimiento. Recuerdas las manos en sus hombros, el círculo sanguinolento sobre las baldosas, las hebras oscuras de su cabello sumergidas en esa tinta profusa que fluía por debajo

de su cráneo... Cierras los ojos buscando evadir la siniestra y repulsiva imagen. Solo te basta mirar por la ventana para comprobar que todo ha sido una abyecta fabulación. Tus ojos descienden indecisos, pesadamente, cada uno de los escalones... Cierras de un golpe las persianas, te sientas en la orilla de la cama e inhalas maquinalmente las últimas briznas de tabaco mientras una súplica sin voz recorre tus oídos. Te levantas, las manos trémulas y contraídas, muerdes la boquilla de plástico y te quedas mirando la ventana, las cálidas y luminosas persianas de madera por donde penetra la luz indiferente del ocaso. Dejas caer las hebras carbonizadas sobre el suelo y vuelves a llenar la pipa que sostienes con la mano izquierda. Esperas, sabes que no resta sino esperar ese cálido cuerpo que habrá de reposar a tu lado cuando la ilusión se desvanezca.

A contraluz

Perdido en la diurna oscuridad azul, esperando el momento oportuno para recobrar su posición, mi cuerpo deambula por el orbicular infinito que lo contiene. Paseo por el bosque mirando de hito en hito a las aves que surcan el cielo y a las parejas que, tendidas a la sombra de un árbol, sucumben al intercambio amoroso de las miradas. Lamentablemente, ninguna figura turba la quietud del cielo. Un lejano e ininteligible susurro asalta mis oídos. Mi esperanza se remueve con el movimiento. Miro en todas direcciones intentando encontrar al emisor y tropiezo con el vacío del paisaje sin alteraciones. Espero la oportunidad que presagian mis oídos. Sin ubicar el sitio del que proviene la voz, guiado por el débil y persistente murmullo, avanzo abriéndome paso entre los árboles y los arbustos. Los pasos inician su travesía. El ruido sobre la tierra cifra una esperanza que se desvanece a cada momento. Atraído por la sonoridad, prosigo mi trayecto e indago en el paisaje. Al cabo mis pies se hunden en el fango que ciñe el contorno de un estanque vagamente circular que había pasado ajeno al escrutinio. Instantáneamente, como si un antiquísimo conjuro hubiera abierto los ojos al acercarme, quedo prendido en el anzuelo de la contemplación. En la superficie, emergiendo de la oscuridad en perpetuo duermevela, advierto un hueco sobre el agua, un orificio oscuro y diminuto sobre el cielo. Acomodo los anteojos y me acerco al borde para observar con parsimonia la imagen que ha irrumpido en la quietud del agua: negro y desordenado, el cabello de la figura caracteriza su azoro estremeciéndose serpentinamente con el viento; las cejas, cual arcos en tensión prestos a lanzar una saeta imaginaria, se mantienen al acecho midiendo la distancia, calibrando la fuerza precisa para no errar el disparo. Mis ojos ascienden con sigilo, y es así que veo una figura a contraluz que socava el firmamento. Siento ganas de lanzar un puñetazo sobre el rostro de aquel hombre, extraordinariamente parecido al mío, de no ser por la impronta de esperanza que lo cubre y que yo he perdido casi por completo, y acabar con él. ¿Cuántos como yo habrán caído en la oscuridad del túnel? ¿Cuántos habrán logrado salir y cuántos aún estarán luchando por escapar? Una mano desciende desde las alturas y se tiende sobre la mía. Las entrañas de la tierra permanecen al acecho de mi cuerpo; su fuerza se contrapone al celeste deseo de atracción, y el universo opta por el salomónico decreto que me divide con su porción de olvido. De tal suerte prosigo la trayectoria instigado por la ley de gravedad que rige mi contemplación: la fuerza de una mano tendida es igualmente proporcional a la mano que la recibe, de tal suerte el ascenso implica la caída, al igual que al descenso corresponde la elevación. Desconcertado y satisfecho, percibo su rostro en mi prisión. Nada ha cambiado, excepto que

ahora no soy yo quien otea la imagen, es ella quien me observa desde las alturas al reflejarme. Un hombre estupefacto me mira en silencio desde el fondo. Mi salvación precisa su condena. Echo a caminar juzgando que lo más apropiado es no volver a mirarme sobre el agua. Sin embargo, días después caigo presa de la melancólica voz que me llama y es así que regreso y vuelvo a ocupar mi antigua posición. Ahora lo sé, quien ha mirado el abismo está condenado a permanecer en él. Pese a todo, y henchido de repulsiva obsesión, aún conservo una brizna de liberadora esperanza: la unión de la imagen bifurcada, la comunión definitiva de los cuerpos que se perderán para siempre al encontrarse.

Paramento

Estimado y afligido comprador, antes que nada permítame felicitarlo a la distancia, y en nombre de la compañía que tengo a bien representar, por tener entre las manos uno de nuestros productos, el cual, no está por demás decirlo, tiene en su haber las más diligentes y exhaustivas revisiones, mismas que aseguran su calidad y nos permiten proclamar con orgullo su eficacia. Recientemente, y merced al éxito obtenido, ha despertado la envidia de la competencia que enseguida ha iniciado la producción en serie de vulgares y negligentes imitaciones, suscitando, como era de esperarse, la inconformidad y molestia de los incautos compradores, quienes lejos de encontrar remedio a sus penalidades no han hecho sino incrementarlas. Nuestra empresa, pendiente a la dificultad que tal decisión presupone, incluso para los espíritus más valerosos y resueltos, garantiza que en caso de un imprevisto apego y ante cualquier otra contingencia, el artículo, siempre y cuando no exceda un año desde su compra y haya sido cuidadosamente empaquetado, conservará intacta su efectividad. Sin más, y aguardando su silencio, prueba inequívoca y gratificante de su conformidad y beneplácito, he aquí las instrucciones que habrán de acabar en definitiva con sus innumerables y cotidianas tribulaciones. Después de levantarse y realizar las pertinentes abluciones de la mañana, vista, si es de su agrado, el fino traje sastre que según las medidas proporcionadas en la solicitud nos hemos tomado la libertad de obsequiarle, o bien el atuendo que juzgue más conveniente para la ocasión. Acto seguido, tome la caja y proceda a desenvolverla sin premura. Si llegara a observar alguna alteración, cosa inusual pero posible, reciba de antemano nuestra más sentida disculpa y proceda a enviarlo a nuestras oficinas. A los pocos días recibirá, completamente gratis, un nuevo producto de suntuosa manufactura que excederá por mucho el costo del anterior, además de un estupendo arreglo floral que haremos llegar a usted en el momento oportuno. De no ser así, extraiga el objeto y anúdelo según la usanza inmemorial sobre cuello. No es necesario excederse, pues el producto habrá de suministrarle por sí mismo la presión requerida. Ahora, auxiliándose de las normas fonéticas incluidas en la penúltima hoja del presente instructivo, pronuncie las palabras que reposan en la sedosa etiqueta. Una ligera sacudida en el cuello confirmará que el encantamiento ha sido proferido correctamente. En caso contrario, relájese, deguste sin prisa cada palabra, y al cabo y sin titubeos vuelva a pronunciar *sotto voce* y con toda claridad. Luego de la citada opresión yugular enfúndese el saco y emprenda con toda normalidad sus labores cotidianas confiando en que antes de terminar el día, y tras una paulatina e imperceptible oclusión, no volverá usted a ponerse una corbata.